

una especificación dentro de la ciencia de las acciones humanas en general bajo la razón de bien. La segunda, más subjetiva, atañe al título de la obra: "El laicismo superado". Nos parece demasiado optimista. El laicismo, por lo que tiene de antiteísmo, es en el orden de lo temporal persistente como el error. Es evidente que ha abandonado ciertas ingenuidades primerizas, pero por eso mismo se ha hecho más solapado, más sutil, más peligroso. Como las plantas que se alimentan de insectos, embriaga con el almíbar de sus flores —en este caso el nombre de la libertad— y deglute a sus víctimas. El laicismo permanece siempre emboscado.

"La Verdad os hará libres" dice el Evangelio. Por eso, cuando oímos renovarse los cantos de sirenas, rogamos: Cristo Redentor, ilumínanos con tu Gracia y guíanos con tu Providencia para que impere por Ti la auténtica libertad.

JORGE H. MORENO

LA UNIVERSIDAD Y LA UNIVERSIDAD ARGENTINA

I

La Universidad nació como el fruto maduro de una plenitud espiritual. Durante los oscuros siglos que siguieron a la caída del Imperio Romano, la Iglesia fué penetrando e impregnando con sus principios cristianos la vida en sus múltiples formas. Salvando los auténticos valores de la cultura greco-latina, incorporándolos e informándolos con su doctrina, la Iglesia elaboró un *humanismo cristiano*, que infundió en los nuevos pueblos incorporados al antiguo imperio. El cristianismo dió así una vigorosa unidad espiritual a Europa y engendró la *Cristiandad*.

Después de esos siglos de formación de la unidad espiritual de Europa y de la Cristiandad, el humanismo cristiano alcanzaba su ápice en el siglo XIII y se manifestaba en la multiplicidad de su cultura: en el Arte, en la Política, en la Teología y Filosofía, etc. y sobre todo en la erección de sus Universidades, fruto sazonado de esa madurez espiritual. Signo evidente de que las Universidades fueron el fruto natural de una plenitud espiritual vivida en toda Europa cristiana, es que aparecen y florecen casi simultáneamente en las más dísitas ciudades: en París, Oxford, Cambridge, Louvain, Heidelberg, Salamanca, Alcalá, Bolonia, etc. Las Escuelas monacales y catedralicias —cuya primera data parece ser la de Carlomagno en el siglo VIII—, se organizan y federan en el gremio o *Universitas Magistrorum et Studentium* bajo el amplio gobierno del Canciller, conservando cada colegio su autonomía y su Rector. La Universidad comienza a existir casi como un alma sin cuerpo, constituida sin edificios *ad hoc*, simplemente por la erección o reconocimiento de sus cátedras en las antiguas escuelas y conventos —v. g. la célebre del Convento de S. Jacques, donde enseñó Santo Tomás—. Son los grandes maestros los que constituyen y dan celebridad a la universidad. Dentro de un clima de gran libertad y de íntima convivencia en su organización, los alumnos se reúnen y estudian en torno a sus maestros. Así comenzaron

las primeras universidades de Europa, como una amplia federación de colegios —estructura que algunas de ellas, como Oxford, conservan—, impuesta por el mismo desarrollo vital. Poco a poco se organizan los fueros de maestros y alumnos mediante Bulas Pontificias y Rescriptos imperiales. Los estudios universitarios se realizan en cada colegio o convento con amplia autonomía, bajo la dirección y vigilancia paternal de los mismos maestros —recuérdese que ni siquiera había libros impresos y que los alumnos debían aprender de la enseñanza oral de sus maestros, que luego reunían en sus cartapacios—, en una comunidad de vida que nacía y se sostenía en una unidad espiritual y jerárquica, que no era sino la realización de una común concepción cristiana de la vida. Por otra parte, el régimen universitario —que se iba enriqueciendo con múltiples fueros y privilegios eclesiásticos y civiles—, comprendía la vida entera de los alumnos: sus estudios, sus organizaciones profanas y religiosas, sus fiestas, el ceremonial de las promociones y un sinnúmero de usos y costumbres, que se trasmitían de unos a otros e imprimían el sello inconfundible de cada Universidad en el espíritu de sus alumnos, quienes, a su vez, ostentaban con orgullo el título de haber pertenecido a tal o cual Universidad.

II

Nuestro país pasa por un momento grave, después de una opresión que ha tendido a apagar y envilecer la vida del espíritu en todas sus manifestaciones, también en la Universidad. Gracias a Dios el país ha sacudido este yugo opresor.

Pero lo más grave tal vez es que, después de esta Revolución, realizada en su mayor y mejor parte por las reservas espirituales de la Nación —y concretamente por las católicas—, otras fuerzas, que creíamos definitivamente superadas, y que muy poco gravitaron en la reconquista espiritual de la Patria, con los métodos opresores y totalitarios del régimen depuesto, pretenden llevar a la disolución y a la anarquía a nuestras casas superiores de estudio, mediante la supresión de su estructura misma jerárquica, fruto de aquel espíritu que les diera vida, y a que acabamos de aludir. Se invoca el espíritu de libertad y de convivencia de profesores y alumnos de las Universidades primeras, para imponer con un sofisma, una participación igualitaria y demagógica entre alumnos, egresados y profesores, y la participación de todos ellos en la organización de los estudios y en el gobierno mismo de la Universidad.

Aunque juzgamos contra la naturaleza misma de la Universidad —determinada por su misma finalidad de investigación e impartición de la Sabiduría y de la Cultura— la participación de los alumnos en la organización de los estudios y en el gobierno de las mismas, al menos como actualmente se la propicia, lo que en este momento grave de la Patria y, en particular, de nuestra Universidad queremos recordar, es que, en todo caso, la *Universitas Magistrorum et Studentium*, la comunidad de maestros y alumnos, que todos sinceramente anhelamos dentro de un clima de libertad y mutua comprensión, no puede realizarse sin la previa conquista de la unidad espiritual, que a su vez sólo es posible sobre la verdad y los valores absolutos comúnmente aceptados, y que nuestros reformadores universitarios están lejos de aceptar y hasta positivamente rechazan. En tal situación: ¿sobre qué base

firme puede organizarse y establecerse la convivencia de maestros y alumnos y la organización universitaria, si ni siquiera hay unanimidad sobre el fin mismo de la Universidad y de su vida propia, si no se admite un criterio absoluto de la verdad, de la moral, del orden, etc.?

La comunidad universitaria y la libertad de cátedra y de organización de cada casa de estudios y la participación efectiva de los alumnos en la vida de la misma, tendrá sentido sobre el acatamiento de una verdad absoluta por encima de todos —y no como cada uno la entiende, relativizada, que es lo mismo que negarla— y de los valores consiguientes, también trascendentes a los individuos. Mas tal fundamento indispensable de unanimidad es imposible establecerlo partiendo ya de un *liberalismo agnóstico*, que niega todo valor absoluto de la verdad y del bien, ya, y peor todavía, de un *materialismo marxista*, que no sólo relativiza todo el ámbito de la cultura reduciéndola a simples estudios del desenvolvimiento ciego y necesario de la materia, sino que, en definitiva, lo niega totalmente con la supresión de la realidad del espíritu y de la libertad. Negando o declarando incognoscible todo fin trascendente y, en nuestro caso universitario, la verdad trascendente; la libertad se convierte entonces en anarquía y disolución, y la comunidad en unidad gregaria y masiva y, en definitiva, en subversión caótica y demagógica, con la pérdida de los únicos auténticos fines y consiguientes formas de vida que pueden dar sentido, razón de ser y dignidad a la Universidad.

Por eso, mientras se arbitran las soluciones inmediatas para salvar de alguna manera la subsistencia de nuestras universidades contra estas fuerzas disolventes de un *liberalismo caótico* —porque agnóstico y sin contenido valioso— y de un *materialismo marxista totalitario*, que niega y tiende a suprimir toda auténtica libertad bajo la supuesta fuerza dialéctica ciega y de la materia negadora del espíritu, todos cuantos amamos la Universidad y nos sentimos con vocación para rehacerla desde sus bases más profundas, reiniciemos con inteligencia y decisión el camino largo y penoso, pero el único auténtico y definitivamente eficaz, de la reconquista de nuestras Universidades para su vida propia, comenzando por la reconquista de la unidad espiritual de la Nación sobre las exigencias de la verdad y del bien absolutos: que, por lo demás, con sobreabundancia nos depara la concepción cristiana de nuestra Santa Religión Católica. En ella nutrieron sus espíritus nuestros padres para plasmar y engendrar la Patria, y apoyándose en su espíritu la Patria acaba de reencontrar sus fuerzas decisivas para sacudir la más terrible y peligrosa de sus dictaduras y reencontrar así el camino luminoso de su propia historia, contra el que atentan en este momento las fuerzas disolventes de nuestro patrimonio espiritual argentino.